

De contradicción total podemos definir la situación en que se encuentra el arquitecto y su obra en la circunstancia actual de la sociedad española, su localización precisa unas consideraciones de tipo general, que no son en modo alguno patrimonio exclusivo de nuestro país, y otras muy específicas acotadas y perfiladas por nuestra propia circunstancia cultural. Entre las primeras son denominador común, el desinterés que nuestra civilización manifiesta por el « hecho arquitectónico », son raros los arquitectos que se interesan por su obra, raros y aislados, nacen en un clima de gran indiferencia y su trabajo lo realizan sin eficacia, su obra carece de trascendencia y, casi siempre, de mensaje teórico.

La agrupación de ciertos profesionales aislados, localizados geográficamente, forjan la ficción de una cierta coherencia en el mundo de la creación, la prensa especializada con su poder de ilusión, corrobora estos espejismos, pero una visión objetiva de la realidad nos enfrenta con un desinterés general por los temas de la arquitectura.

Los centros de enseñanza carecen de una fuerza moral y de una actividad profesional seria, que garantice una agrupación y abra un dialogo entre profesores y alumnos, estos centros que deberían ser lugares de experimentación y laboratorios de ensayo del nuevo « hecho arquitectónico », no pasan de ser en el mejor de los casos una máquina politécnica preparada para producir a cada nivel de producción, unos trabajadores más o menos aptos para su cometido.

La arquitectura como arte del pensamiento expresada mediante la teoría de las proporciones, la precisión del orden y el encuentro con el mundo de los símbolos, « sigue enterrada en una cultura que prolonga sus raíces en una civilización de esclavos, donde el poder en manos de los más sabios, coincide en general con el poder en manos de los más ricos ». La arquitectura sigue sin estar valorada como ciencia y la magia más fácil que la ciencia explota su ficción.

Para poder lograr una visión general de la problemática en que se encuentra el arquitecto hoy en España, es preciso recorrer las características más generales que en estos años ha ofrecido el país para el desarrollo de su actividad arquitectónica. Truncada en 1936 la corriente racionalista que había madurado sus primeros frutos en el movimiento catalán del GATEPAC y los trabajos del grupo de Madrid, la historia de España, en el año 1939 adoptaba como solución un « Nacionalismo », con una orientación muy determinada, la arquitectura cobraba una dimensión colosalista y su lenguaje adoptaba las viejas formas del Imperio, las corrientes no menos colosalistas que propugnaban las arquitecturas de Alemania e Italia presionaban con su bagaje formal, las reminiscencias Sinkelianas y la temática de la poderosa Roma Imperial, eran un estímulo para el arquitecto que durante aquellos años tenía que iniciar su actividad profesional, los trabajos de Albert Speer y la Exposición Universal de Roma-EUR los esquemas más sugerentes donde canalizar su labor creadora.

El mimetismo formalista hacia épocas de gran apogeo político, como la formación de nuestra nacionalidad o la expansión imperialista, dieron origen a un vocabulario arquitectónico carente no sólo de un simbolismo expresionista, sino de un contenido ideológico. La arquitectura que tenía que albergar los edificios gubernamentales, instituciones, centros de formación profesional, etc, aparecían como replicas de arquitecturas fascistas, el Templo de Salomón o las Termas de Caracalla, servían de modelo para programar las necesidades de los nuevos centros. El cuadro profesional encargado de llevar a cabo esta tarea, estaba diezmado en sus elementos más característicos; exiliados unos, los más representativos del « movimiento moderno » o al menos los más entrocados en las corrientes internacionales vigentes, habiendo desaparecido otras figuras que por su prestigio profesional y sus vínculos al nuevo régimen po-

drían haber orientado (aun dentro del clima cultural que se anunciaba), hacia soluciones algo diferentes, a las que se hicieron realidad. Las directrices políticas no elaboradas culturalmente y los grupos técnicos incapaces de suscitar y sostener una polémica racional, prohibieron este mimetismo formalista que caracterizó la arquitectura española en la década del 40 al 50.

Europa por estas fechas iniciaba una recuperación económica y social, nuevos estímulos psicológicos alumbraban en las mentes de los maestros constructores y algunas obras iban hacerse realidad, reconocidas en parte las demandas de un mundo industrial, el racionalismo en sus diferentes vertientes hacía frente a estas necesidades, « aunque en esta epopeya, se extraviara, como ha puntualizado B. Zevi, un factor humano, aquel ansia psicológica por la característica íntima de cada hombre, aquel amor por lo particular y lo distinto que en el terreno ético constituye el reverso positivo de la fatuidad victoriana y de las evasiones románticas del estilístico siglo XIX. El ART NOUVEAU y el racionalismo barrieron estas escorias para anclar la arquitectura en la historia moderna ».

Los arquitectos españoles durante este tiempo estaban muy lejos de asomarse a estos horizontes llenos de fascinantes motivos de ilusión y trabajo, el aislamiento político y económico que sufrió el país lo había frustrado culturalmente y la arquitectura española dejó bien patente en sus obras los síntomas de este trauma. En la década del 50 al 60 se anunciaba una apertura hacia fuentes que no fueren el acotado entorno nacional, el profesional con capacidad de análisis, recibía con ansiedad las primeras publicaciones que llegaban a nuestras fronteras, y de una situación de profunda ignorancia se pasaba a una ilustración progresiva, esta circunstancia hizo surgir toda suerte de alegorías, un caos de ideas y formas aparecían sin ningún rigor, las ideas precursoras de Gaddes o Van de Velde se mezclaban con los mensajes mesiánicos de un Le Corbuiser, la sobrie-

dad constructiva de Mies con el simbolismo biológico de las artes que había preconizado el Art Nouveau, el clima mixtificado de la incipiente escuela brasileña, con la arrogante arquitectura de los Neutra, las tentativas italianas macladas con las idílicas construcciones nórdicas.

Nada es de extrañar, pues es un acontecer que se repite en el común denominador de la historia, se habían roto las relaciones con un entorno social común, la sociedad de la posguerra había eludido de una forma manifiesta el sentido de un orden común, las formas de su arquitectura eran tan caprichosas porque sus valores eran inciertos y así la buena arquitectura era concebida como un asunto de tamaño y sobre todo de coste, y el vocabulario arquitectónico que las nuevas construcciones ofrecían era el de un « monumentalismo » a veces truculento y casi siempre trivial.

Frente a esta construcción conceptual y artificiosa que proclaman los apologistas del culto a lo colosal, aparecería después el grupo de arquitectos que admitiría el papel primordial de la « plástica pura » como nuevo método para proyectar; y así entraba en vigor un nuevo « irracionalismo » bajo un tratamiento aparentemente racional, una profusión de alternativas se abría nuevo camino, « realismo simbólico », « oportunismo realista », « criticismo racional », « plasticismo », « neomontualismo » etc., estas alternativas ofrecían un panorama bastante simple, pues en el fondo recogían el valor formal del nuevo idioma, nacido con la aportación de unas corrientes culturales, entrocadas en una sociedad muy distinta a la nuestra, y esta « erudición » apresuradamente improvisada, realizaba las primeras importaciones formales que, aunque muy reducidas y realizadas por arquitectos de talento, mantenían la ingenua convicción de que esta transmutación formal garantizaba una vida más próspera y sana, en estas condiciones y bajo un fermento individualista, aparecían los primeros proyectos que mostraban una calidad más de diseño que de ejecución.

Este eclecticismo romántico (pues este grupo de arquitectos « comparte el lugar que les corresponde a los poetas románticos... individualistas románticos que trataban de incorporar a sus propias personalidades y su propio trabajo, algo imposible de convertir en realidad,

sin la cooperación política y social de una comunidad que simpatizara con estos propósitos » — Munford —). Iniciaba una revisión en los medios de la cultura arquitectónica internacional, y su análisis denunciaba de una forma consciente, las caprichosas, arbitrarias y costosas construcciones de « incrustaciones marmoreas » y « volúmenes arcaicos ». La búsqueda en las arquitecturas anónimas, llenas de recursos de honradez y simplicidad de expresión abrían unos cauces de serenidad, iniciaban un análisis de la tradición, esento de escolasticismos, que haría posible una obra, sin dudar hoy la única que tiene alguna validez como aportación y contribución al gigantesco corpus arquitectónico internacional.

La falta de maestros, la orfandad espiritual que encontraron las generaciones nacidas a la vida española con posterioridad al drama de nuestra guerra, eliminaron toda posibilidad de hallazgo, tendían a confundir aun mas las orientaciones pedagógicas que las escuelas de arquitectura trataban de suscitar, en el fondo la situación era aun más triste y equívoca, estos centros de hecho no existían, ni existen en la actualidad, nada más que como una virtualidad física, lugares de trámites burocrático-administrativos donde el alumno retira sus expedientes académicos, esta brutal soledad a que se somete al alumno que requiere una orientación y un estímulo; provocaría más tarde fricciones muy específicas con los cambios de planes de estudio, que desembarcarían en un « autodidactismo » sin límites fruto del cual ha nacido la escasa y dilatada aportación de la actual arquitectura en España.

A esta orientación autodidacta se debe la mayor parte de la aportación arquitectónica en nuestro país y en ella se puede observar unas constantes que facilitan un esquema por grupos de mas fácil comprensión. Existe un primer grupo que plantea problemas de forma y señala la importancia de la materia; un segundo grupo que trata de interesarse en los problemas sociales y económicos y pospone los problemas de estilo o forma. Un tercer grupo que adopta soluciones de tipo racional, con un lenguaje universalizado y cuyo epígono pueden ser los grandes Trusts de arquitectura americanos (S.O.M.). Un cuarto grupo que se sitúa ante los problemas que plantea el urbanismo y su relación con la arquitectura o en la re-

novación de la vida social, profesionales que se encuentran solicitados por las necesidades del Planing o del Town Design. Y un quinto grupo que carece de interés, pues su situación encuadra dentro de una tecnocracia capitalista, que sirve sin escrúpulos a los intereses de los grandes grupos de presión y su obra se caracteriza por un alfabeto plástico superfluo y una aplicación sistemática y sin rigor de los nuevos materiales.

La falta de una orientación crítica e histórica en el panorama de la cultura arquitectónica española, ha facilitado esta proliferación de grupos individualistas sin conexión ninguna, estos grupos que se plantean el problema de la forma como valor primordial, carecen en su mayoría de una formación teórica, que les capacite para poderse liberar de la prisión del formalismo, la censura de Adolf Loos de que la Ornamentación es « un crimen », sigue patente en algunos trabajos y proyectos de este grupo de arquitectos.

Superados los primeros impulsos del impacto de la obra de los grandes maestros, el racionalismo ha dado paso a un lenguaje donde la « función » está sometida al ritmo, la ordenación en planta obedece a unos esquemas geométricos muy simples, donde la servidumbre de los distintos espacios estan requeridos por la escala rítmica de la composición en alzados y la estructura como elemento determinante de este ritmo, arquitectura cuyos valores residen principalmente en un impacto visual, arquitectura nacida más del impulso puramente « esteticista » que de un planteamiento lógico de los problemas; influenciada de una manera muy patente por los trabajos de Kenzo Tange, sobre todo en los estudios más teóricos para nuevas comunidades como el de Tokio, o MIT, la arquitectura japonesa es seguida con atención más como una salida a los esquemas de Le Corbusier que como un interés esencial a su verdadero contenido. Mies van der Rohe « como paradigma de la arquitectura pura » ha dado paso a Louis Khan mas sugerente y con la premisas básicas de la arquitectura de Mies, en una época como la actual de retorno hacia un nuevo gesto, no es de extrañar que la obra de Khan tenga gran número de adeptos sobre todo en las promociones más juvenes, es una norma y encontrar una fórmula en estos tiempos es un recurso difícil de abandonar, sin em-

bargo la esencia de su mensaje se queda bastante al margen, su mimetismo está en función de un encuentro de lo inmediato, su utilidad en lo aneddotico, en el logro fácil de una apariencia.

No obstante son muy pocos los proyectos que llegan a realizarse dentro de este clima más o menos artificioso de diseño, lo complejo de su construcción y la falta de cultura en el medio que tendría que realizarse hacen imposible cualquier intento en este sentido. El buen diseño se queda reducido en algunos casos a concurrir a concursos donde de antemano se sabe que su valor no será reconocido, la falta de rigor en los criterios de selección hace de este sistema un medio ineficaz para poder incorporar algunas experiencias válidas, de aquí que el análisis recaiga más sobre calidades de diseño y su valoración como aportaciones teóricas.

El organicismo Wriethiano tiene seguidores, sobre todo en la vivienda unifamiliar, donde el interés por el material y su adaptación a la naturaleza, evocan virtualmente algunos de los aspectos más propágedos de F. LL. Wrieth, su contenido espacial se resuelve con soluciones más vulgares, incluso en algunos proyectos donde la incorporación de superficies regladas o la intersección de cubiertas ofrecen soluciones que recuerdan bastante la Paire House, o los volúmenes de Boomer House, aunque el lenguaje más habitual sea en este tipo de construcciones un trasplante de las modalidades nórdicas. Este tipo de vivienda es requerido por un grupo social « diletante », compuesto por hombres de la alta finanza, directivos técnicos y artistas de vanguardia.

Soluciones de tipo anti-rationales (neo-liberty) aparecen, más como un recurso en la decoración de interiores, de una manera muy específica en Barcelona donde los encuentros con las manifestaciones y tendencias de la actual cultura arquitectónica italiana tienen muchos puntos de contacto. Una revisión muy reciente de las aportaciones del « Modernisme », hace brotar en Barcelona soluciones muy entroncadas con las manifestaciones « modernistas » y un tanto ligadas al clima inglés de la primera época industrial, estos brotes con una localización muy precisa y favorecidos sin duda por un renacimiento muy valioso de tradiciones locales, abriga la esperanza que sus aportacio-

nes puedan ofrecer soluciones que no propugnen sólo una identificación conceptual.

La poética de Aalto, difícil de abarcar por la complejidad de su idioma, tiene más admiradores por los valores humanísticos que encierra que por su contenido específicamente arquitectónico; existen no obstante algunas realizaciones que canalizan los aspectos más universales de la poética aaltiana, estos proyectos abandonan la ortodoxia de la estructura en favor de un contenido más aparente de los espacios interiores, la luz como elemento que defina el espacio; el material en su análisis específico; una economía en la expresión que garantice la estricta construcción; un encuentro siempre latente con la tradición del pueblo elevándola a un nivel de confort y amenidad. Lo racional del planteamiento y la modestia de sus conquistas impiden a estos arquitectos un trabajo más coherente y continuado; su trabajo se realiza en un medio, y para una sociedad, que requiere más de lo supérfluo, aunque corrientemente carezcan de lo necesario.

La arquitectura inglesa es un ejemplo para aquellos arquitectos que, interesados en los problemas sociales con una prioridad sobre los valores estéticos del diseño, buscan soluciones racionales que respondan a las exigencias técnicas muy estudiadas, la coordinación modular y los estudios de tipificación en serie, modularización, etc., aparecen con los mejores deseos, pero los resultados son dudosos, sin duda porque el capital que necesitan respaldar estas industrias está monopolizado en un periodo de reactivación como el presente, por la banca y las sociedades anónimas. Este capital se orienta hacia otros intereses más rápidos, como el inmobiliario, donde sin los gravámenes de la inmovilización inicial, mantiene todas las garantías del movimiento financiero. Existen en este grupo algunos arquitectos que no han superado el « utopismo político » que caracterizó los primeros pasos del « movimiento moderno », intentando, con una ideología de tipo reformista, abarcar problemas que desbordan su trabajo específicamente profesional, el abandono de la forma y la búsqueda de un pragmatismo rigorista, les lleva a soluciones de gran acento literario, pero ineficaces en cuanto a su contenido. Ya no es válido para el arquitecto de hoy, aquella postura en que fué sumida la arquitectura

con su literatura de denuncia. « La arquitectura que, como ha escrito Paolo Portoguesi, por su propia naturaleza asume en la vida social una misión constructiva, había elegido el objetivo de indagar y denunciar una situación, sin que por otra parte indicara el modo de superarla transformándola ». Este grupo de arquitectos no está muy distante de aquel otro que aun mantiene la pretensión ideal de transformar la sociedad implantando « el reino de la belleza », la experiencia de la incapacidad práctica de esta arquitectura teórica, les conduce a situaciones de abandono y resignación tan profundas como las de Platón cuando reclama el derecho de la Filosofía a ocupar el trono de este mundo. « Quien pertenece a este pequeño número y ha llegado a saborear cuanta dulzura y bienaventura hay en este bien, y ha experimentado también suficientemente los desvaríos de la masa, y llegado a comprender que en los manejos de la política nadie hace nada sano y acertado, ni existe ningún aliado con la ayuda del cual pueda uno actuar como paladín del derecho y confiar, por lo menos, en sustraerse a una segura destrucción, sino que, come el que se ve metido entre bestias salvajes y no puede ni compartir su injusticia ni se siente tampoco con fuerzas para oponerse por sí solo a todas las furias, perderá la vida sin provecho para sí ni para otros, antes de poder hacer nada nuevo en favor de su patria ni de sus amigos, quien llegue a comprender todo esto, se quedará quieto y se aferrará a su propia faena... y cuando ve como los demás viven entre la impureza se siente contento de verse limpio de injusticia y de poder vivir trabajando en lo suyo, sin acusarse de nada malo, para dejar un día este mundo al final de su carrera, con la conciencia tranquila, contento y en paz ».

Esta conciencia tranquila, que tantas frustraciones ha provocado en el medio español, incapacita a talentos bien dotados para una labor constructiva, para una eficacia de grupo, para crear en definitiva una conciencia de responsabilidad común, en una época en la que el hombre necesita tanto de la capacidad de comprensión de los demás. Esta obstinación toma en el campo de trabajo del arquitecto dos formas que aparecen diametralmente opuestas una de la otra, pero surgen de hecho de una idéntica posición ideológica, « una preposición subjetiva con problemas de forma, una hostilidad

hacia los problemas de función, una de estas escuelas avala por una arquitectura de las formas puras, la otra por una arquitectura del gusto; ambas tienden a aislar la estética de su matriz social, un fenómeno muy familiar, como ha escrito J. Fitch, en los periodos de reacción política ».

En el proceso de desarrollo económico, la pequeña burguesía urbana, formada en su mayoría por empresarios individuales, es una clase a extinguir, y sus miembros se incorporan de una forma rápida al sistema económico que mueve el capital, es la entrega del poder económico que la burguesía hace a los grupos de presión, concentrando el capital en la banca, sociedades anónimas o las grandes empresas. La ideología burguesa, en su sentido histórico, introduce al técnico como elemento de transición entre las aspiraciones del trabajo y los intereses del capital, y así, los técnicos pasan a ocupar los puestos de dirección o a engrosar esa mesocracia de técnicos, dotados de una preparación elemental, que rápidamente permita su rentabilidad, anulando la capacidad de iniciativa, la vocación de trabajo creativo, sentido de responsabilidad, formación cultural a niveles válidos, encuadrándolo en los mismos esquemas que un obrero especializado en su jornada laboral. El arquitecto en España está liquidando los privilegios que « la profesión liberal » le confería e incorporándose a los sistemas que controlan el poder económico. A un periodo de anarquía en las inversiones correspondía el trabajo de tipo individualista que ofrecía un « medio », donde el hecho arquitectónico no tenía más trascendencia que la aportación personal del arquitecto si este la poseía, a este periodo de anarquía en las inversiones sucede el de la concentración del poder económico, colocándolo bajo los grupos de presión con su control absoluto, estimulado en el caso español, por la aportación de capital europeo. Esta nueva situación requiere un método de expresión que responda de forma directa a estas premisas y a la organización profesional a gran escala de las estructuras económicas. En este

sentido aparece un diseño entroncado de forma muy directa con las grandes firmas de U.S.A. desde los Skidmore, Owings y Merrill, a los trabajos de Bellüschi, Gropius y el grupo de arquitectos de Boston, es un síntoma aun de forma muy primaria, de un fenómeno que se encuadra en una cultura de rango profesional y encuentra su aplicación y desarrollo en el ejercicio de la profesión, sin otra aspiración que favorecer un diseño de consumo.

Un fenómeno paralelo aparece con los problemas de planeamiento, la tecnocracia que toma los puestos directivos de la planificación, está formada por arquitectos en su mayoría, educados o influenciados de una manera muy directa por los problemas y soluciones que adoptan los primeros países capitalistas, de manera muy específica U.S.A. su contribución no ha dado sus « frutos », pues el diseño urbano, o la planificación de costas, ha estado en manos de arquitectos sin preparación y sin escrúpulos, que su falta de eficiencia técnica y su vinculación a los intereses capitalistas, ha suscitado ese planeamiento tan mal ejecutado, con una falta de espacio vital, una falta de elementos comunitarios, mala ejecución, repetición sin contrastes, repetición bajo la forma más lamentable, repetición moral e intelectual, falsa tipificación, etc. Los intentos de encuadrar los problemas arquitectónicos, tanto en el Planning como en el Town Design, son más teóricos que reales, se ven solicitados por las grandes corrientes mundiales, la pérdida de control del ambiente visual y una solución con mejor o peor calidad de diseño en los contrastes volumétricos.

La construcción de viviendas de tipo popular ha sido abandonada por el capital y obliga al Estado a emprender de una forma directa la planificación y construcción de este tipo de viviendas, o a introducir un sistema de préstamos y beneficios a la iniciativa privada, que sitúa la construcción como el negocio de mayor interés y el más rentable de todos. Esta situación provoca una actuación por parte del arquitecto de lo más denigrante, pues en un régimen de economía pecuniaria, el

predominio es de una producción para la venta y la ganancia, es una etapa clásica del capitalismo, en esta fase el capital no necesita investigar la calidad de su producto, introducir un standard de pureza significaría tanto como eliminar « la competencia », y la competencia está marcada en un alza de beneficios, que van desde la especulación del suelo a la degradación sistemática del diseño urbanístico, arquitectónico, constructivo.

Bajo estas premisas, la actividad de los arquitectos no tiene otra alternativa que someterse a la degradación sistemática que le brinda la economía pecuniaria, o claudicar a realizar una obra coherente con un standard vital efectivo, y unas características arquitectónicamente válidas. La arquitectura que actualmente se realiza en España no tiene por su calidad una entidad lo suficientemente coherente, como para poder ofrecer una cultura arquitectónicamente válida, que pueda trascender a los valores locales y encajarse dentro de las corrientes universales. Muy distante de las aportaciones del positivismo capitalista japonés, que ha sabido dar una alta calidad a sus realizaciones, tanto urbanísticas como arquitectónicas, bastante alejada de la obra singular y ejemplar de las estructuras socialistas de los países escandinavos, donde las oportunidades se multiplican para que la comunidad pueda desarrollar sus modos de vida cívica, muy alejada también de la actividad de las universidades americanas, ajena por completo al planeamiento urbanístico y calidad arquitectónica que realizan los arquitectos ingleses y holandeses, en sus específicas vertientes, marginal del todo a la constante búsqueda de los arquitectos italianos.

No hay que olvidar que la arquitectura, como técnica ambiental que trata de completar « el medio », está en función de las demandas que la sociedad de ella requiere, y si esta sociedad está « fragmentada » o « adulterada », la expresión de su arquitectura no puede ser otro que ofrecer estos valores inciertos en que la sociedad se desarrolla.

**ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA**  
*Madrid, Febrero 1965*